

guirnaldas que, á lo que despues pareció, eran cuál de tejo y cuál de ciprés. Entre seis dellos traian unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo cual visto por uno de los cabreros, dijo: "Aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pié de aquella montaña es el lugar donde él mandó que le enterrasen." Por esto se dieron prisa á llegar, y fué á tiempo que ya los que venian habian puesto las andas en el suelo, y cuatro dellos con agudos picos estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña. Recibiéronse los unos y los otros cortesmente, y luego Don Quijote y los que con él venian se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto y vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años; y aunque muerto, mostraba que vivo habia sido de rostro hermoso y de disposicion gallarda. Alrededor dél tenia en las mismas andas algunos libros y muchos papeles abiertos y cerrados; y así los que esto miraban como los que abrian la sepultura, y todos los demás que allí habia, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto trujeron dijo á otro: "Mirá bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dijo, ya que quereis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento.—Este es, respondió Ambrosio, que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dijo él que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linaje humano, y allí fué tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamorado, y allí fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida; y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido." Y volviéndose á Don Quijote y á los caminantes prosiguió diciendo: "Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnifico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin bajeza; y finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la cual dió fin una pastora á quién él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estais mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiendo entregado su cuerpo á la tierra.—De mayor rigor y crueldad usareis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mismo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso; y no le tuviera bueno Augusto César si consintiera que se pusiera en ejecucion lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio,

ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no querais dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumplais como indiscreto; antes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo en los tiempos que están por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo y los que aquí venimos la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasion de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida: de la cual lamentable historia se puede sacar cuánta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado, y así de curiosidad y de lástima dejamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos habia lastimado en oïllo; y en pago desta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remedialla si pudiéramos, te rogamos, ¡oh discreto Ambrosio! á lo menos yo te lo suplico de mi parte, que, dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos." Y sin aguardar que el pastor respondiese alargó la mano y tomó algunos de los que mas cerca estaban: viendo lo cual Ambrosio, dijo: "Por cortesía consentiré que os quedeis, señor, con los que ya habeis tomado; pero pensar que dejaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano." Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego el uno dellos, y vió que tenia por título: *Cancion desesperada*. Oyólo Ambrosio, y dijo: "Ese es el último papel que escribió el desdichado; y porque veais, señor, en el término que le tenian sus desventuras, leelde de modo que seais oïdo, que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura.—Eso haré yo de muy buena gana," dijo Vivaldo; y como todos los circunstantes tenian el mismo deseo, se le pusieron á la redonda, y él, leyendo en voz clara, vió que así decia:

CAPÍTULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCION DE GRISÓSTOMO.

Y A que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz fuerza.
Y al par de mi deseo, que se esfuerza
Á decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las miseras entrañas.
Escucha pues, y presta atento oido
No al concertado son, sino al ruido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvario,
Por gusto mio sale y tu despecho.
El rugir del leon, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable

Baladro de algun mónstruo, el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable:

Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar, el triste canto
Del envidiado buho, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,

Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son de tal manera
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla,
Para contarla pide nuevos modos.

De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Bétis las olivas:

Que allí se esparcirán mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas;

Ó ya en oscuros valles, ó en esquivas
Playas desnudas de contrato humano,
Ó adonde el sol jamás mostró su lumbre,
Ó entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el Nilo llano:

Que puesto que en los páramos desiertos
Los ecos roncós de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Serán llevados por el ancho mundo.

Mata un desden, atierra la paciencia
Ó verdadera ó falsa una sospecha:
Matan los zelos con rigor mas fuerte;

Desconcierta la vida larga ausencia;
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte.

En todo hay cierta inevitable muerte:
Mas yo ¡milagro nunca visto! vivo
Zeloso, ausente, desdeñado y cierto
De las sospechas que me tienen muerto:
Y en el olvido en quien mi fuego avivo,

Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza:
Ni yo desesperado la procuro;
Antes por extremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.

¿Puedese por ventura en un instante
Esperar y temer, ó es bien hacello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?

¿Tengo, si el duro zelo está delante,
De cerrar estos ojos, si he de vello
Por mil heridas en el alma abiertas?

¿Quién no abrirá de par en par las puertas
Á la desconfianza cuando mira
Descubierto el desden, y las sospechas
¡Oh amarga conversion! verdades hechas,
Y la limpia verdad vuelta en mentira?

¡Oh en el reino de amor fieros tiranos
Zelos! ponedme un hierro en estas manos;
Dame, desden, una torcida sogá:
Mas ¡ay de mí! que con cruel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero en fin; y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte ni en la vida,
Pertinaz estaré en mi fantasía.

Diré que va acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida
Á la de amor antigua tiranía.

Diré que la enemiga siempre mia
Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa nace,
Y que en fe de los males que nos hace
Amor, su imperio en justa paz mantiene:

Y con esta opinion y un duro lazo,
Acelerando el miserable plazo
Á que me han conducido sus desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
Sin lauro ó palma de futuros bienes.

Tú que con tantas sinrazones muestras
La razon que me fuerza á que la haga
Á la cansada vida que aborrezco: